

Viernes IV de Cuaresma



15 de marzo de 2024

Sab 2, 1.12-22

Sal 33

Jn 7, 1-2.10.25-30

P. Eduardo Suanzes, msp

Jesús decide ir a Jerusalén de incognito: no quería manifestarse esperpénticamente como le habían sugerido irónicamente alguno de los supuestamente suyos. Ya lo sabemos, la manifestación teatral no es su camino. Y se presenta de esta manera, oculto, en la fiesta de las Chozas. La fiesta de las Chozas caía siempre al principio del otoño, era la más popular del año litúrgico y la ocasión en que acudían más peregrinos a la capital. Era una fiesta que duraba una semana y tenía un tinte mesiánico muy marcado; excitaba la esperanza del futuro reinado de Dios y la liberación del pueblo. De entrada Juan establece la oposición con Jesús: los judíos querían matarlo. Todo el episodio está ensombrecido por esta amenaza.

No lo hemos leído en el episodio que nos presenta la liturgia, pero, en realidad comienza este episodio con una introducción que describe la expectativa existente entre la gente de Jerusalén acerca de la persona de Jesús y la diversidad de opiniones sobre él. Por primera vez se pone a enseñar Jesús en el templo mientras que sus oyentes cuestionan el origen de su doctrina, no aprendida en las escuelas oficiales. Es entonces cuando Jesús pasa a una invectiva contra los que quieren desacreditarlo. Ante la vacilación de la gente, que, por su dependencia de los jefes y las doctrinas que han aprendido, no se atreve a pronunciarse en su favor, hace Jesús una declaración sobre su verdadero origen, que es de lo que trata el trozo del evangelio de hoy.

La verdad es que la gente que lo escucha está perpleja. No entienden lo que está pasando, porque están al corriente de las intenciones de los dirigentes de matar a Jesús. Expresan su extrañeza, pues no ven cómo pueden conciliarse dos hechos: por una parte, quieren matar a Jesús; por otra, lo dejan hablar en público en el mismo templo, sin tomar medidas. Nace en ellos la duda: « *¿Será que los jefes se han convencido de que es éste el Mesías?* » En la capital, en su primera visita al templo, el gesto mesiánico de Jesús había provocado una reacción en contra por parte de las autoridades¹; al notar ahora la pasividad de los dirigentes, los vecinos de Jerusalén se preguntan si habrán cambiado de parecer. Es un grupo de gente pendiente de la opinión de los jefes.

Pero esto no puede ser. Ellos mismos desechan tal posibilidad, basándose en las concepciones del tiempo sobre la llegada del Mesías. Porque el Mesías esperado, antes de su manifestación triunfante, nadie, ni él mismo, podría saber que estaba designado Mesías; además, debería aparecer en público súbitamente, sin que se supiera de dónde venía. Jesús, en cambio, va y viene de Galilea, es una persona conocida. Estas venidas tuyas no pueden tener relación con la del Mesías, que había de ser por sorpresa y ocasionar un cambio inmediato y definitivo.

Pero al pensar de esta manera rígida e inamovible en realidad están dictando cómo Dios debe actuar. Están eliminando la espontaneidad del Espíritu y no reconocen su voz. Y aquí hay una

¹ La expulsión de los mercaderes del templo (2,13ss)

advertencia directa para nosotros. Porque perderemos la verdadera oportunidad de poseerlo cuando llame a nuestro corazón. Porque el Espíritu siempre se presenta como don libre de vida fuera de la red que nosotros podamos tender con nuestras apreciaciones y nuestras ideas preconcebidas de Dios. Eso es lo que estaba pasando en los que escuchaban a Jesús.

Sin embargo Jesús cambia el planteamiento de la cuestión: el verdadero Mesías no ha de ser reconocido por su lugar de procedencia, como ellos piensan; su autenticidad depende únicamente de que sea enviado por Dios («*no he venido por decisión propia*»), será el portador del Espíritu, cuya actividad se reconocerá en sus obras. El Mesías liberador ha de reconocerse porque da libertad al oprimido (5,36s; 7,18). Esta es la única condición que puede requerirse; si ellos no lo reconocen en Jesús es por haber subordinado la realidad de Dios y de su plan a sus propios prejuicios. Ellos no saben quién es Dios en realidad.

Lo que me llama poderosamente la atención y me hace pensar una barbaridad es esto que dice Jesús, a ellos, los judíos, los depositarios de las promesas: «*ustedes no saben quién es Dios*». ¡A ellos, los que estudiaban las escrituras, ellos, que están en el templo...!: «*no saben quién es Dios*». Y, lo confieso, me da miedo hacerme la pregunta. ¿Y si Jesús me estuviera diciendo eso a mí? Es para quedarse “patitieso”. ¿Cómo saber que lo que sé de Dios es Dios realmente o es una proyección mía? ¿Estoy liberado realmente de prejuicios para recibir al Espíritu en lo que es, más allá de mis consideraciones sobre Él? O lo que es lo mismo: ¿estoy dejando actuar libremente al Espíritu en mí o trato de manejarlo a mi conveniencia e interés?

Jesús, en cambio, les dice que él sí conoce a Dios, porque procede de él, y ése es el fundamento de su misión y actividad. Expresa aquí su propia experiencia de unión con el Padre, la experiencia de vida propia del Hijo². Y creo que aquí está la clave y la respuesta a la pregunta que me hacía con anterioridad y que tanto miedo me daba formulármela. Y es que ***no se puede saber quién es Dios sin ser hijo***. No en vano la primera experiencia relata de Jesús de su vida pública fue la de saberse hijo amado del Padre en el episodio de su bautismo en el Jordán. Y aquí radica, precisamente, la diferencia entre el saber de las escuelas, de los estudios de teología o de lo que sea sobre Dios y el conocimiento que se tiene de Él desde el corazón, desde la experiencia de saberse hijo amado del Padre. Él ha aprendido del Padre y es, por tanto, el único que puede hablar de su designio sobre el hombre.

² «*Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*» (17,3)